

antorchas en las manos y cánticos rurales en la garganta, repartiendo golpes, los cuales tenían varias virtudes, entre otras, las de volver fecundas á las casadas estériles. Luperco tuvo flamines, ó sean sacerdotes, encargados de atizar el fuego sacro. Y flamines tuvo también Julio César, que se llamaron julianos. Exentos de todo público deber, alojados en el templo Julio, vestidos con la toga pretexta, dotados con el derecho de asilar en sus hogares sacratísimos á los reos, personificaban un colegio sacerdotal semejante al que circuía las divinidades antiguas, y rodeaban á César en el instante mismo de las lupercas. Imaginaos cuál no sería la puerilidad de aquel pueblo, cuando toleraba que hiciesen de César un dios y no quería tolerar que hiciesen de César un rey. Sin embargo, el jefe de sus pretorianos, Antonio, intentó vencer la repugnancia del pueblo, y cuando estaba el tirano puesto como un ídolo sobre la sede áurea y bajo los Rostros, por la vía Sacra, en el ingreso de aquel Foro, circuido de sus flamines, Antonio se presentó casi desnudo, en su mano las insignias de un lupercos, en sus riñones el cinto, dando golpes á diestro y siniestro para concluir la carrera sacra y báquica con la oferta y presentación á César de una diadema. He aquí otra de las manías del pueblo romano. Toleraba que se alzara con el

despotismo y no quería que se llamase rey. Toleraba que se llevase sobre las sienes todos los derechos del pueblo y no toleraba que se llevase una corona de oro.

La causa principal del horror sentido contra César estribaba en la demencia que le atribuían contraída cuando estuvo á punto de caer vencido en Munda; la causa ocasional de aquella imprudencia de sus amigos llamándole monarca y ofreciéndole coronas. Aunque se creyera una divinidad, y le rodeara, como á Júpiter, un colegio de flamines; y fueran los padres conscriptos sus criados; y la curia senatorial se trocara en su corte; y los comicios le siguieran como su ejército; y resultara la dictadura hereditaria en él con sus descendientes; y se llamase á un mismo tiempo cónsul, censor, tribuno, refundiendo en su persona todas las magistraturas; por Júpiter pedíanle que no se llamase rey los supersticiosos romanos. Así, al ver la temeridad increíble de Antonio y sus ofertas de la diadema, el descontento creció por tamaña puerilidad, y cien conjurados, entre los cuales se contaban sus mayores amigos, juramentáronse para matar al tirano. Casio tomó la jefatura de tal conspiración y le siguieron Trebonio, recién concluido su consulado; Minucio, recién concluida su pretura; Casca, propuesto para tribuno; Címber, promovido al gobier-

no de Bitinia; Galba, el propio lugarteniente de César. Tantas personas de notorio nombre pudieron organizarse fácilmente merced al empuje violentísimo y tenacidad férrea de Casio. Éste, ni por sus ideas filosóficas, ni por sus ideas políticas, podía considerarse un verdadero amigo de la libertad y de la república. Los estoicos eran todos republicanos, los platónicos propendían á las utopías naturales en el sublime filósofo, mas los epicúreos profesaban cierta indiferencia en materia política, muy propia de su incurable sensualidad y de su natural egoísmo. Por consecuencia, las ideas trascendentales de Casio no le disponían mucho para los altos y continuados arranques de la política; menos le disponían aún sus compromisos y su historia. Pompeyano vencido en Farsalia, pronto pasó á la dictadura triunfante; y cuando César disputaba la victoria postrera con los hijos de Pompeyo, Casio escribía su resuelta preferencia por la dictadura y su enemistad irreconciliable con los republicanos, mucho más crueles que todos los dictadores, según el cambiante y egoísta sentir de aquel hombre ambicioso y vano. Las causas determinantes de su proceder estaban más en sus intereses que no en sus principios. Habiéndose acercado mucho á César, concluyó por comprender cómo al dejarle tomar la fuerza y autoridad que tomara, todo lo debían espe-

rar del dictador y no de sí mismos. Esto le disgustaba profundamente y le traía por necesidad y por fuerza en su situación triste á tan mal traer, que se desahogaba y se aliviaba con las secretas maniobras y las conspiraciones continuas. El pensamiento más feliz de Casio fué asociarse á su persona y partido la persona y partido de Bruto. Aunque platónico éste, y por ende, no tan republicano de suyo como los estoicos, llevaba en su espíritu algún resplandor más vivo de ideal, gracias á Porcia.

Como la escritura tuviera su mujer fuerte, como los egipcios registraran en su liturgia los nombres de ciertas hembras más valerosas de suyo que los varones, el estoicismo se modeló en la esposa de Bruto, la cual fué su viva idealidad encarnada, no ya en la familia, en la política. Por consecuencia, tras de Bruto se descubre, tanto como su idea propia, la idea de su esposa, dada completamente á doctrinarlo y á moverlo. Por una singularidad, propia de tiempos en los cuales no había muerto del todo la república ni del todo nacido la tiranía, Porcia sugirió á Bruto el propósito é idea de trazar la indispensable apología de Catón. Y he ahí por cuántos enlaces va llegando una determinación del hecho que dió muerte á César. El estoicismo, personificado por Catón, trasciende al espíritu de Por-

cia, y el espíritu de Porcia trasciende al espíritu de Bruto.

Esta mujer del patricio no perdonaba medio de convertir á su marido en tribuno de la libertad romana y en vengador de Catón su padre. El nombre de Bruto le servía para esto maravillosamente. Fundada en una genealogía más ó menos artificiosa, hecha por el genealogista Pompenio Atico, Porcia presentaba con persistencia inenarrable á su marido los deberes impuestos por la sangre y por el nombre. Descendiente del primer Bruto por su padre y descendiente por su madre de un héroe que se había sacrificado por la libertad, precisábasele, para merecer la gloria en su persona vinculada, intentar hechos dignos de su nombre, y ninguno tan meritorio como el combate á muerte con la tiranía reinante y la unión de su apellido inmortal con la futura libertad. Mucho debió influir en el ánimo de Bruto Porcia para decidirlo y resolverlo, cuando, perezoso de inteligencia y perezoso de voluntad, influido por su madre Servilia, se había conformado tan fácilmente con la derrota y admitido puesto en las filas del vencedor. Poco firme de voluntad, poco enamorado de las ideas en el descorazonamiento de la derrota, ninguno tan fácil de captar como él y ninguno tan dispuesto á pasarse por vil precio al captador. Su política pom-

peyana jamás le causó mal apreciable. Ni siquiera noviciado tuvo que sufrir para pasarse al nuevo partido. En rico gobierno se consoló fácilmente de la propia derrota y del eclipse que sufriera su antiguo ideal. Aun estaba Catón de pie, aun su fuerte voluntad resistía en Utica la fuerza y la victoria del tirano, cuando Bruto desempeñaba cargo que parecía casi un oficio de corte. Desaparecido el sublime y valeroso estoico, los deberes de familia con el suicida provenientes de su propia sangre y de su amada mujer, quedaron cumplidos mediante aquel discurso escrito cual una fúnebre honra en loor al mártir. Pero la irresolución de su voluntad, la incertidumbre de sus ideas, lo vago de sus creencias, lo débil de sus resoluciones suplíanse con creces por el poder y por el influjo de Porcia. Ésta le hablaba la elocuentísima lengua correspondiente á la posición particular de su esposo. Roma envilecida, las magistraturas todas en suspenso, el Senado muerto, la tribuna resonante con adulaciones á un hombre, los jefes del antiguo partido pompeyano en la vileza ocultos, renaciente la monarquía; el nombre que llevaba, la herencia del mártir de Utica que recogía, el recuerdo sacro de cien predecesores ilustres, la religión del hogar y del templo, las ideas innatas en su espíritu y las ideas adventadas por su educación, todo le determinaba con

fuerza incontrastable á romper el naciente imperio y restaurar la república. No sabía Porcia, en la subjetividad propia de una mujer y en las alucinaciones de sus nervios vibrantes como si los pulsara el espíritu íntegro de la escuela estoica, cómo la idea y la voluntad de un hombre no bastan á contrastar los impulsos nativos de toda una sociedad, cuando se precipita por su propio peso en irremediable servidumbre.

Seguramente Bruto no se decide sin Porcia. Conociendo ésta los resortes que más podían mover una voluntad tan inerte como la voluntad de su esposo, dirigía con sus consejos la conjuración, hablando uno por uno á los conspiradores. El nudo más fuerte y más apretado entre la persona del dictador y la persona del marido era el cariño del viejo al joven y la gratitud del joven al viejo. Porcia mató esta gratitud, mostrándole cuántos mayores deberes tenía con Roma, de quien recibiera la vida, y con aquella república, de quien recibiera la libertad. Cuando se trataba de la patria no había sentimiento ni afecto capaces de superar al patriotismo. Y la patria desaparecía envilecida y esclava bajo aquel cesarismo enorme, que destronara desde sus dioses hasta sus tribunos y sólo entronizó á un hombre. Aquejábale á Bruto una propensión irremediable á la vanidad y á la

ufanía. De tal vicio se aprovecharon sus cofrades y colegas para moverle. Porcia, que lo conociera como nadie, deslizaba consejo tras consejo, cuya práctica pudiese agujonear su voluntad. El nombre glorioso recordatorio de la república y su fundación le hostigaba más que ningún otro empuje. Sabiéndolo sus amigos, menudeaban las inscripciones y los reclamos. Un día se vió al pie de la estatua del primer Bruto esta pregunta: ¿Cómo no resucitas? Otro día entregáronle un billete conteniendo estas palabras: «Bruto, duermes, porque no eres Bruto.» Estas reconvenciones uníanse con una evocación constante á la sombra del mártir de Utica tan amado por su familia y una repetición continua del mágico nombre de la libertad que tanto cautivaba los corazones y los oídos de todos los republicanos. Así le fueron siguiendo los más acreditados y los más antiguos. Por un Favonio que le rehusara su apoyo, fundado en que prefería reconocer un dueño á reanimar las guerras civiles, existían muchos Ligarios, los cuales, tocados de mortal enfermedad por la muerte de su república, revivían y sanaban en cuanto notaban que Bruto ponía su nombre y su autoridad en una conspiración urdida contra el tirano. Pocas veces un proyecto político ha contado con tantos medios como aquel en que Casio y Bruto se propusieron sojuz-

gar á una tan enorme fuerza cual esta fuerza del hado.

El sobrino de Catón habitaba los jardines llamados por el nombre de su madre servilios y extendidos en la colina de los plebeyos, por donde iba errante la sombra del antiguo expulsor de los Tarquinos, y donde ardía viva la llama de los sacros principios, á cuya luz y á cuyo calor las libertades todas resplandecieron en Roma y se derramaron por el viejo mundo. Lleno el jardín de armoniosas estatuas griegas, cortado por museos y por bibliotecas donde se guardaban ejemplares de las obras que más honraran las artes y las ciencias, algunas veces Bruto y Porcia, dados á estudiar continuamente y de consuno en la natural confusión de sus almas, entreveían la sombra de César, ora llegando á una visita, ora volviendo; y lo maldecían, no sólo por el despotismo impuesto á la patria, por el deshonor infligido á la familia. Esta casa verdaderamente patricia, estos jardines por donde zumbaban como abejas las ideas epicúreas, esta frecuentación del ya viejo César, si no servían mucho á la honra de quienes habitaban todos aquellos sitios, servían mucho á proteger la conspiración, imposible para el vulgo allí donde residía gran parte del tiempo un tirano tan astuto ó inteligente y precavido. Pues de tales conspiraciones era Porcia como el alma verdadera.

Su culto á Catón, su valor mostrado en tantas ocasiones ya dichas, el silencio y la reserva tan habituales en ella, las heridas abiertas por su propia mano y soportadas con resignación de mártir, el estoicismo ingénito en su espíritu y aumentado por sus estudios, todo esto le daba participación legítima y natural en tan vasto y tan terrible proyecto. Pensóse mucho en el sitio donde habían de acabar con el dictador. El primero que se apareció á su vista fué la llanura denominada Campo de Marte. Uno de aquellos días estaba designado á la convocación de los comicios por centurias desde la puente llamada Septa. Por una vieja locución romana, decíanse arrojados del puente los destituídos del voto. Así los conjurados podían guiñarse con facilidad el ojo y decir con sarcasmo que iban á echar del puente á César para decir que iban á matarlo. Otros proponían que se le inmolará en la vía Sacra, por donde necesariamente pasaba, si había de salir del sitio habitado tanto por su persona como por su familia, y conocido con el nombre de Regia. A otros les parecía mejor el teatro principal de aquellos días, el teatro de Pompeyo, donde acababa su ambición de rebajar los caballeros, sacando uno á la escena y de herir á Roma disponiendo hablar allí todas las lenguas bárbaras. Temieron, sin embargo, que se hallara en el teatro César, protegido

por muchos partidarios; y entonces la conjura, presidida por el austero espíritu de Porcia, pensó en sitio donde sólo hubiera enemigos de César, y escogió el Senado, que no se cansaba ni de adularle, ni de aborrecerle. El salón de sesiones, llamado Curia, desapareció, consumido por voraz incendio, en los funerales de Clodio. Así reuníase con frecuencia el Senado en algún vasto templo. Mas no querían los conspiradores perpetrar en los templos el crimen á causa de que la sangre los desconsagraba, y el pueblo, supersticioso de suyo, podía no perdonarles aquella profanación. El 15 de Marzo era un día de fiesta pública y popular en Roma, razón por la cual había representación dramática y juego de gladiadores en el teatro, reuniéndose la tradicional asamblea en curia construída para este fin por Pompeyo y llamada Exedro. Era la festividad secular de Perenna, muy frecuentada por los plebeyos, pues en ella conmemoró la tradición el nombre y el recuerdo sacros de una diosa latina, que llevaba succulentísimos alimentos á la clase plebeya en su célebre abstención originada por el deseo de traer ampliaciones á su libertad y nombrar sus tribunos. Tal fué, según comprueban todas las historias, el sitio elegido para la representación de aquella terrible tragedia.

No faltaron los presagios á César. Este pertene-

ecía de suyo á los incrédulos. Pontífice de la religión romana, reíase con frecuencia de los dioses y de los dogmas en que los dioses se alzaban. Al dar la batalla de Munda, los auspicios consultados le resultaban desfavorables. Y como le dijera el sacrificador que no tenían corazones las víctimas inmoladas, respondió: «ya lo tendrán cuando á mí se me antoje.» Pero la superstición arraigada se compece mucho con la incredulidad sistemática. César, en su triunfo, subió de rodillas, y á empujones, la marmórea escalera del Capitolio, para conjurar la cólera de Némesis. El día que, desembarcando en Africa, tropezó y cayó, supo extender sus brazos en aquella tierra y dijo: «ya me perteneces.» Al pasar el Rubicón tembló ante las divinidades que lo guarecían, y al ir contra Utica se llevó un hombre de buen agüero para contrastar otro muy célebre de la misma condición y fama que había en el campo de los catonianos. No debe maravillarnos todo esto, dado el culto de los latinos á las advertencias encerradas en los presagios. Cuando los galos incendiaron la Ciudad Eterna, deliberando los senadores sobre su reconstrucción, estuvieron á punto de ponerla en Veyas, mas la presencia de un abanderado, que alzó en el antiguo sitio sus enseñas, como fuese inexperada y súbita, decidió la reinstalación, mejor dicho, la refunda-

ción del mayor imperio antiguo que han conocido las historias. Paulo combatió con seguridad á Perseo, porque, recibiendo la orden de marchar contra este rey, llegado á su casa para despedirse de su hija Tercia, encontróse con que acababa de morir una perrita llamada Persa. Cecilia, mujer de Metelo, cedió su puesto en el templo á una sobrina joven y nubil que tenía, deduciendo de tal cesión indeliberada é involuntaria que debía cederle también su tálamo nupcial, como en efecto sucedió, muerta en aquel mes ella y viudo su esposo. Porque llegado á Minturno, huyendo rápidamente de Syla, vió Mario un burro que triscaba en pos y busca del agua, ordenó le condujeran al mar, salvando así la vida. El primer edificio entrevisto por Pompeyo en su fuga tras Farsalia, sobre la isla de Pafos, llamábase palacio del mal monarca, y en cuanto lo supo, se dió por abandonado y perdido. Calpurnia, la mujer última de César, fué advertida en sueños, y se interpuso, al salir su esposo, para que no fuese aquel día nefastísimo al Senado. Estaba resuelto César. Había dado terminante orden de que la sesión senatorial acabara sin aguardarle, y por haberle dicho su general Décimo cuánto perdía con mostrar aquella insana debilidad, retiró la orden, y salió de su casa tan sereno como nunca lo había estado. Varios, advertidos por misteriosos presen-

timientos ó presagios, le gritaban que no se fiara del 15 de Marzo. Hablábase de relámpagos muy súbitos en el cielo muy claro, de truenos retumbando en la tierra muy conmovida. Algunas gentes habían visto aves nocturnas, tenidas por fúnebres, atravesando el horizonte clarísimo en busca del sitio que habitaba César. Calpurnia soñó en pesadillas terribles con que lo tenía degollado entre sus brazos. Los corceles en que atravesó las aguas del Rubicón, abandonados á unas praderas escogidas, por el deseo de recompensarles servicios involuntarios é instintivos, ayunaban y lloraban como si fuesen personas. Los adivinos le comunicaron mil presagios. Un observador le pidió que desconfiase de Bruto, respondiendo él que ya esperaba Bruto la conclusión muy natural de su viejo y debilitado cuerpo. Aun estaba cerca de su hogar, al salir de su seno por vez última, cuando un esclavo entró en él y le dijo á Calpurnia que le permitiese aguardar allí, pues debía revelar sucesos de trascendencia grave á su marido. Artémides, mujer que traducía oralmente y enseñaba en las escuelas romanas el arte y el pensamiento helénicos, mandó avisos no escuchados. ¿Qué más? En el camino, desde su domicilio al domicilio del Senado, recibió muchas cartas, que le revelaban así la conjuración como el nombre de